

DOSSIER

Identidades, tradiciones y élites políticas

Preparado por Gerardo Aboy Carlés y Paula Canelo

Gerardo Aboy Carlés*

Paula Canelo**

Presentación

Hasta hace algunos años la noción de identidad languidecía en los márgenes de los estudios políticos. Asociada y con razón a la crisis de una mirada objetivista, que pretendía trazar una topografía de lo social, sufrió progresivamente la erosión que le depararon tanto la constatación de la distancia entre actores políticos y posiciones estructurales como la crecientemente difusa homogeneidad de los colectivos políticos. Como una suerte de refugio en un pasado que parecía día a día escurrirse en una pluralidad de identificaciones precarias y transitorias, las preguntas por la identidad se dirigieron entonces hacia la preocupación cuasi etnográfica por colectivos caracterizados por la presencia de fuertes certezas, situados las más de las veces en los extremos del arco político ideológico. Aun en las postrimerías de los años 90, cuando la pregunta por la identidad ganó un lugar en los estudios locales sobre los actores de la protesta social, la recurrencia del tópico solía justamente utilizarse para indagar sobre colectivos en los que, a diferencia del resto de la sociedad, la categoría parecía brindar una cierta “capacidad descriptiva”.

Es precisamente aquí donde los problemas comienzan: cuando el sociólogo concibe su labor en términos de una descripción de actores y procesos presentes que requerirían de categorías específicas capaces de dar cuenta de su circunstancial

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociología (Universidad Complutense de Madrid). Licenciado en Sociología (UBA). Investigador Independiente del CONICET. Profesor regular del IDAES.

** Doctora en Ciencias Sociales (FLACSO). Magíster en Ciencia Política (IDAES/UNSAM). Licenciada en Sociología (FCS/UBA). Miembro de la Carrera del Investigador Científico y Tecnológico del CONICET con sede en el IDAES. Docente regular del IDAES y de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. pvcanelo@yahoo.com

complejidad. Residuo epistemológico que aún denota la impronta de las ciencias naturales sobre los estudios sociales.

Desde nuestra perspectiva, la pregunta por la identidad política es, evidentemente, una pregunta por el lazo político. Ahora bien, ese interrogante es irreductible a una finalidad puramente descriptiva. Nada más alejado en nuestra aproximación que el intento de construir un mapa de las solidaridades políticas que dé acabada cuenta de un territorio. Cuestionarnos acerca de la identidad política no se reduce simplemente a establecer respuestas proyectando a los actores interrogantes como ¿quiénes somos? ¿hacia dónde vamos? ¿de dónde venimos? ¿qué queremos? ¿qué rechazamos? ¿cuáles son nuestras costumbres en común?, aunque incluya a todos ellos. Es también la reiteración de esas preguntas en tercera persona ¿quiénes son? ¿hacia dónde van? ¿qué quieren?, etc., proyectada por el investigador hacia otros actores, por lo general, aunque no exclusivamente, hacia solidaridades coexistentes con aquella que es objeto de la indagación. Para dar un ejemplo, si nos proponemos estudiar el devenir de la identidad peronista no podemos no auscultar la simultánea conformación del antiperonismo, ver cómo esa oposición caracterizó acontecimientos como el 17 de octubre y cómo muchas veces esa interpretación por parte del adversario resultó en alguna medida reapropiada por el propio peronismo a través de aquello que Maristella Svampa denominó una “identificación heterorreferencial”¹. A ello se suma la violencia creativa que la propia labor del investigador supone, la elección de unas preguntas y no de otras, el establecimiento de filiaciones y el esbozo de tradiciones que muchas veces van más allá del discurso de los actores.

Estudiar identidades políticas es re-crear espacios solidarios que suponen una cierta comunidad de sentido, de significados compartidos que se traslucen en la conformación de asociaciones y disociaciones, pero cuya débil evidencia empírica apenas estará dada por la recurrencia de ciertas orientaciones gregarias de la acción en la esfera pública.

¹ La idea de identificación heterorreferencial es desarrollada por Svampa en su excelente libro *Civilización y Barbarie. El dilema argentino* (Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994). Un ejemplo del fenómeno lo constituye el lugar central otorgado al revisionismo histórico en el discurso de la Resistencia Peronista, hecho vinculado a la recurrente caracterización del período peronista como “Segunda tiranía” (en relación a una primera encabezada por Juan Manuel de Rosas en el S. XIX) por parte de la Revolución Libertadora y sus defensores. Aquellas imputaciones lanzadas para denigrar a un colectivo político son reapropiadas por éste adjudicándole un sentido positivo.

Pese a sus connotaciones sustancialistas, la de identidad es para nosotros una categoría formal y vacía, constantemente sometida a transposiciones de escala que, evocando los juegos de matrioskas rusas de Maliutin, nos arrojan hacia una imperecedera tensión entre particularidad y universalidad. Aquella identidad sobre la que predicamos, tan pronto estalla en múltiples particularidades como queda subsumida en un espacio más general en el que se diluye. De allí que todo estudio de identidades supone una autoconsciencia más sencilla acerca de la violencia creativa que toda narración que se autoproclama como “conocimiento de” supone. Permítasenos brindar un ejemplo que ilustra el hecho de que ninguna imputación identitaria es unívoca y tanto más compleja será cuantos más adjetivos comprenda su nominación: si decimos “trabajadores rurales irlandeses de comienzos del siglo XX”, cada uno de esos términos denota la posibilidad de muy distintas asociaciones y disociaciones según qué término ejerza la primacía en un momento dado. Los conflictos propios del mundo del trabajo que recurrentemente contraponen a propietarios y no propietarios, las tensiones entre sectores rurales y urbanos que tienden a integrarse verticalmente asociando en un mismo bando a sectores propietarios y subalternos, o, la cuestión nacional que diluye buena parte de las tensiones anteriores al confrontar con una alteridad extracomunitaria. La primacía de un antagonismo u otro, su capacidad de sobredeterminar en un momento dado y a través de la asunción de un protagonismo preponderante toda una serie de antagonismos de menor intensidad, supondrá la transformación de los límites de las solidaridades sociales. De allí que la elección de antagonismos ordenadores del espacio político, en virtud de su importancia en un momento dado, o bien debido a su capacidad de permanencia, constituya uno de los más problemáticos y discrecionales tópicos de los estudios sobre identidades políticas; de allí también que en esta decisión se juegue tanto la verosimilitud de la narración de hechos pasados o presentes como su capacidad de ser sometidos al proceso controversial que toda producción académica supone.

Tanto la inestabilidad como la permeabilidad de los límites ordenadores del lazo político deben ser motivo de especial atención por parte de los estudios de identidades. Paradójicamente, la principal amenaza radica aquí en una solapada persistencia de “filosofías de la historia” que, o bien reeditan la transición del *en sí* al *para sí* entre posiciones estructurales y movimientos políticos, o bien realizan una prospectiva de la *justa* escisión (bajo las nobles banderas de la poscolonialidad o de los estudios de

subalternidad), o, finalmente, pretenden reducir la multiplicidad del desarrollo de la vida política a la *construcción de un Pueblo*.

Inestabilidad y permeabilidad de los límites solidarios serán entonces una advertencia necesaria para estudiar, siguiendo nuestro ejemplo, que esos trabajadores irlandeses podrán ser católicos o no, podrán acaso ver en la ciudad la cumbre de los males o no hacerlo, sentirán o no un profundo resentimiento hacia los grandes propietarios, y que cada una de esas particularidades tensionada hacia la generalización identitaria por la solidaridad nacional, podrá desestabilizarla, matizarla, darle un carácter particular o finalmente llevarla al colapso. La narrativa sobre identidades políticas ilumina procesos en los que no suele alcanzarse nunca la forma de un enfrentamiento entre formaciones regimentadas y excluyentes que se disputan la apropiación de un espacio de neutrales; su forma es, más comúnmente, la de manchas superpuestas en constante redefinición.

Los estudios sobre identidades políticas mantienen una tensa relación con algunos saberes: concepciones ingenuas de una historia factual o incluso de las principales corrientes de la ciencia política se encuentran en las antípodas de la definición de su objeto. Si la empresa que proponemos es la investigación del lazo político sobre la base de configuraciones comunes de sentidos o significaciones, el interés estará dado por la *re-creación* de discursos en pugna respecto de la caracterización de un pasado o un presente, prescindiendo por completo de cualquier interés en cotejar esos discursos con un pasado o un presente empíricamente dados.

La mirada de los estudios sobre identidades políticas es necesariamente interdisciplinaria. Si su interés en el estudio del lazo político hace de la sociología política su puerto de partida, la historia conceptual, la historia política, la teoría política, la semiología y la antropología, no constituyen referencias ajenas a la construcción de su perspectiva.

La selección de artículos que componen este *dossier*, sometidos al mecanismo de doble referato, constituye una muestra de los trabajos sobre identidades políticas que se están desarrollando en el IDAES o que son llevados adelante por investigadores estrechamente vinculados con nuestra unidad académica.

Diversos temas reseñados en esta introducción serán tratados en estos artículos con un mayor nivel de profundidad. Dado que el conjunto de las contribuciones aborda aspectos diversos de la vida política argentina del siglo XX desde una perspectiva común, hemos creído oportuno presentarlas de acuerdo con un orden cronológico. Ricardo Martínez Mazzola aborda en su trabajo la relación entre el Partido Socialista y la tradición liberal, haciendo especial énfasis en las contribuciones de Alejandro Korn para explicar las continuidades y las transformaciones de esta relación en un camino que va de Juan B. Justo a Américo Ghioldi. Sebastián Giménez trabaja sobre las características que asumió ese verdadero laboratorio programático surgido en la disidencia juvenil del radicalismo entre los años '30 y el advenimiento del peronismo. Sebastián Barros focaliza su atención en la “crisis de deferencia” como clave interpretativa de los orígenes del peronismo, debatiendo con los usos de la “racionalidad” en los estudios canónicos sobre el surgimiento de este movimiento. Julián Melo y Nicolás Azzolini se concentran en el estudio de los espacios de superposición identitaria existentes en la confrontación entre el peronismo y sus opositores, cuestionando la lógica binaria que ha caracterizado diversas aproximaciones a la materia. Daniela Slipak reconstruye los usos del pasado y las caracterizaciones del presente por parte de las revistas de la organización Montoneros, lanzando una provocativa hipótesis sobre los juegos de reocupación y desplazamiento llevados a cabo por este colectivo. Finalmente, María Cecilia Lascurain encara el estudio de la transformación de las elites políticas locales en la Argentina democrática a través del análisis comparado de las carreras políticas de los gobernadores santafecinos.